

CAPÍTULO XI

INTRODUCCIÓN DE PABLO EN UN NUEVO ESCENARIO

La constitución de mistress Pipchin era de tal temple, que á pesar de requerir un reposo absoluto después de comer las chuletas y de necesitar un rato de sopor después de la ternera, no aparecían síntomas que anunciaran la realización de los vaticinios de mistress Wickam. Sin embargo, como Pablo seguía demostrando el mayor interés por aquella señora, no retrocedía mistress Wickam ni una pulgada de sus posiciones. Fortaleciéndose y atrincherándose en las poderosas razones de Betsey Jane, hija de su tío, recomendó á su amiga miss Berry que se preparase á una desgracia, pues en cualquier momento podía suceder que estallase su tía como un barril de pólvora.

La pobre Berry oía todo esto sin alterarse, y se afanaba y esclavizaba como siempre; perfectamente convencida de que mistress Pipchin era una persona meritísima, hacía por ella innumerables sacrificios. Pero la inmólación de Berry sólo servía para acrecentar el propio crédito de mistress Pipchin entre sus amigos, los cuales á ella y no á su sobrina atribuían mérito; era como un aumento al interés que inspiraba el triste fin de aquel buen señor Pipchin malogrado en las minas peruanas.

Por ejemplo: había un honrado tendero de comestibles, vendedor de toda clase de artículos al por menor, que tenía cuenta abierta á mistress Pipchin, anotándose, al efecto, las compras en un pequeño memorándum de tapas rojas y cubiertas de grasa en fuerza de uso. El tal memorándum era materia de conciliábulos entre las partes contratantes, en el pasillo, cerradas las puertas de la sala. No dejaba de observar Bitherstone (cuyo carácter se había vuelto vengativo por efecto del sol de la India) lo que pasaba, y maliciosamente había notado una vez que en el balance figuraba cierta partida de rica azúcar para el te, desconocida por completo en la casa. El tendero era gran hablador, con ganas de casarse y sin que le importaran gran cosa las condiciones que hubiera de reunir su futura; de manera que, sin encomendarse á Dios ni al diablo, un día hizo honorables ofrecimientos á Berry. Mistres Pipchin los rechazó en el acto, indignada de aquella pretensión atrevida. Naturalmente llegó á saberse aquello, y entonces no hubo más que elogios de la firmeza de mistres Pipchin, de la independenciamiento de ánimo que revelaba aquella señora, viuda de un hombre que había muerto en las minas peruanas. De la que no decía nadie nada era de la pobre miss Berry, que estuvo llorando seis semanas (reñida todo este tiempo por su tía) y acabó por entrar en la desesperada condición de vistemágenes.

— Berry quiere á usted mucho, ¿verdad? — preguntó Pablo á mistress Pipchin una noche, estando sentados delante de la chimenea con el gato.

— Sí; — contestó mistress Pipchin.

— ¿Por qué? — volvió á preguntar Pablo.

— ¡Por qué! — repitió, desconcertada, la señora.

— ¡ Vaya, qué pregunta! ¿ Por qué quiere usted tanto á su hermana Florencia?

— Porque es muy buena; — replicó Pablo. — No hay nadie como Florencia.

— ¡ Muy bien! — repuso mistress Pipchin. — No hay nadie como yo, me parece.

— ¿ No se equivoca usted? — añadió Pablo recostándose en su sillón y mirando fijamente á mistress Pipchin.

— No — contestó la señora.

— Más vale así; — observó Pablo frotándose las manos como si estuviera pensativo. — Es una buena cosa.

Mistress Pipchin no se atrevió á preguntar por qué, temiéndose alguna contestación que la anonadase. En cambio, y como compensación á su dignidad lastimada, se encarnizó contra Bitherstone hasta el punto de que éste comenzó aquella misma noche los preparativos para marcharse á la India por tierra; y al efecto se guardó un pedazo de pan y otro de queso, como principio de provisiones para el viaje.

Pablo y su hermana llevaban ya cerca de doce meses bajo la dirección de mistress Pipchin. En todo este tiempo habían ido á su casa de Londres una ó dos veces y sólo para pasar cuatro ó cinco días. Y en cuanto á las visitas que todas las semanas hacían á mister Dombey en el hotel, no se habían interrumpido. Pablo había ido creciendo, tomando cuerpo y fuerzas. Sin poderse decir que estuviera robusto, tampoco se podía decir que estaba tan delicado como antes. Ya no tenía necesidad del cochecito. Y sin embargo, seguía con el aspecto de viejo, calmoso, reflexivo, lo mismo que cuando entró en casa de mistress Pipchin. Un sábado, por la tarde, hubo gran

movimiento, ocasionado por la inesperada visita de mister Dombey á la referida señora. Estaban de limpieza cuando se anunció esta visita. Inmediatamente mistres Pipchin hizo salir á todos de la sala, empujando á los chicos hacia sus habitaciones en los pisos de arriba. Mister Dombey pudo oír el rápido cerrar de las puertas y los golpes de aquella señora sobre Bitherstone, para reponerle de su sorpresa. Por último, las negras faldas de mistress Pipchin aparecieron en la sala, donde ya mister Dombey estaba esperando y mirando al mismo tiempo el silloncito, desocupado, de su hijo y heredero.

— Mistress Pipchin, — dijo el visitante, — ¿ cómo está usted, señora?

— Muchas gracias, caballero — contestó mistress Pipchin. — Estoy bastante bien, si se considera...

Era la fórmula que empleaba mistress Pipchin para empezar. Quería decir, si se considera la virtud, el sacrificio y todo lo demás.

— No puedo aspirar, caballero, á encontrarme mejor de lo que estoy; — dijo mistress Pipchin cogiendo una silla y tomando aliento; — pero me resigno y doy gracias por ello.

Mister Dombey hizo una inclinación de cabeza con aire protector, como diciendo que, á su juicio, la pensión que pagaba le daba derecho á aquellos sacrificios. Pasado un instante, dijo:

— Mistress Pipchin, me he tomado la libertad de venir para consultar á usted respecto á mi hijo. Tiempo hace que había pensado hacerlo, pero he ido demorándolo hasta que se encontrara bien restablecido. ¿ En este punto no tiene usted ninguna duda?

— Brighton le ha sentado muy bien; — contestó mistres Pipchin. — Verdaderamente muy bien.

— Me propongo que continúe en Brighton; — añadió mister Dombey.

Mistress Pipchin se restregó las manos y volvió la vista hacia la lumbre.

— Pero — prosiguió mister Dombey levantando el dedo índice, — pero acaso sea necesario un cambio en su manera de vivir. Tal es, mistress Pipchin, el objeto de mi visita. Mi hijo va creciendo, señora; realmente va haciéndose hombre.

Había cierta melancolía en el aire triunfal con que mister Dombey pronunciaba estas palabras. Y es que la infancia de Pablo le parecía larga, preocupado siempre con la idea de otra época de su existencia. En aquel momento pudo haber inspirado compasión mister Dombey, si semejante palabra cupiera al tratarse de un hombre tan altanero y frío.

— ¡Seis años de edad! — dijo mister Dombey arrojándose el cuello, tal vez para disimular una sonrisa que no había podido contener y que en vez de dilatarse por su rostro prefirió, sin duda, quedarse en el lugar de su aparición y desvanecerse. — ¡Dios mío! seis años se cambian en diez y seis antes de que tengamos tiempo de enterarnos.

— Diez años; — graznó la antipática Pipchin lanzando un destello con su ojo gris y sacudiendo siniestramente la cabeza; — son mucho tiempo.

— Depende de las circunstancias; — repuso mister Dombey. — En todo caso, mistress Pipchin, mi hijo tiene ya seis años, y no cabe duda de que se halla muy atrasado de estudios con relación á los niños de su edad y aun á otros más jóvenes; — dijo mister Dombey vivamente, como contestando á la maliciosa mirada del ojo gris; — la expresión es más apropiada. Ahora bien; en lugar de encontrarse atrasado,

es necesario que adelante á los demás, y con mucho. Tiene ante sí una cúspide que le espera para enaltecerle. No hay ni azar ni dudas en el camino de mi hijo. La ruta de su vida estaba trazada y preparada antes de que viniera al mundo. La educación que debe recibir un joven de su elevada clase no puede retrasarse. Es necesario entrar en ella seriamente y sin vacilación.

— Me parece muy bien; — dijo mistress Pipchin, — y estoy muy lejos de decir lo contrario.

— Ya estaba yo seguro — añadió mister Dombey satisfecho — de que una señora de tan alto sentido como usted no pensaría de otro modo.

— Se dicen tantas majaderías, por no emplear otra palabra — continuó mistress Pipchin rascándose impaciente la nariz puntiaguda y visiblemente inquieta, — que no conviene apurar á los niños cuando comienzan, que es preciso estimularles para que trabajen, qué sé yo cuántas cosas... En mis tiempos no se hablaba de nada de esto; no sé por qué se ha de hablar hoy. En mi concepto no hay más que atarles corto, nada más.

— Mi buena señora; — repuso mister Dombey, — en verdad tiene usted perfectamente merecida la reputación de que goza. Puede usted creer que estoy satisfechísimo de su excelente sistema; tenga usted la seguridad de que no dejaré de recomendarle siempre que mi humilde recomendación (y la arrogancia de mister Dombey, cuando parecía disimulada, pasaba todo límite) pueda servirle de algo. He pensado en el establecimiento del doctor Blimber. ¿Qué le parece á usted?

— ¿Mi vecino? — dijo mistress Pipchin. — Creo que es un excelente establecimiento, un buen colegio

el del doctor Blimber. He oído decir que hay gran severidad y que no se interrumpe la enseñanza desde la mañana hasta la noche.

— ¿Y es muy caro? — preguntó mister Dombey.

— Muy caro; — contestó al instante mistress Pipchin como si sintiera haber omitido uno de los más interesantes méritos.

— He hablado ya con el doctor; — dijo mister Dombey acercando su silla á la lumbre como preocupado. — Á su parecer, Pablo no es demasiado joven para los estudios. Me ha mencionado varios niños de la edad de mi hijo que ya están estudiando el griego. Pero no es esto lo que me inquieta ahora; lo que hay es que, como mi hijo no ha conocido á su madre, ha ido concentrando en gran manera, demasiado tal vez, sus afectos de niño en su hermana. Temo que su separación... — mister Dombey se quedó silencioso.

— ¡Bah, bah! — exclamó mistres Pipchin sacudiendo sus faldas y sintiendo agitarse su naturaleza de ogro, — si no está contenta la chiquilla, ya la haremos tragar la píldora. — La buena señora se apresuró á corregir su lenguaje diciendo que aquello no era más que una figura retórica, ajustada á su manera de razonar con los niños.

Esperó mister Dombey á que mistres Pipchin dejara de mover la cabeza y despejara su fruncimiento de cejas capaz de hacer estremecerse á una legión de Bitherstones y de Pankeys. Cuando se hubo quietado aquella señora, mister Dombey, calmamente, rectificó su error, diciendo :

— Me refiero á él, mi buena señora, á él.

De buena gana hubiera encarecido mistress Pipchin el mismo sistema para Pablo; pero su ojo ceniciento era bastante penetrante para ver que si mister Dom-

bey podía admitir la eficacia del método aplicado á su hija, no era la misma cosa tratándose del hijo. Así, ajustándose á la necesidad del cambio, explicó á mister Dombey que el niño encontraría en los camaradas de estudio, y en los estudios mismos, muchos motivos de distracción que le harían agradable su nueva vida en casa del doctor Blimber. Todo esto correspondía al modo de ver de mister Dombey, de manera que aún se persuadió más de las altas dotes de inteligencia de mistress Pipchin, y como ésta se lamentaba de tener que separarse del querido amiguito, mister Dombey formó también el más alto concepto del desinterés de mistress Pipchin. Conviene saber que, á la verdad, esta señora no se sorprendió sobremanera en lo de tener que separarse de Pablo; ya se lo temía desde hacía tiempo, y, aun desde el principio, no esperó tenerlo en su casa más de un trimestre. Mister Dombey tenía un plan formado respecto á su hijo, resultado de muy maduras reflexiones. Según este plan, que él expuso á la ogro, Pablo sería durante los seis primeros meses alumno sólo de semana, es decir, que quedaría libre los sábados hasta el lunes. Florencia seguiría en casa de mistress Pipchin, y Pablo pasaría al lado de su hermana los días libres. De esta manera creía mister Dombey que su hijo se iría acostumbrando á quedarse solo; tal vez tenía presente aquella otra separación que harto-repentinamente le impuso.

Mister Dombey terminó la entrevista manifestando su esperanza de que mistress Pipchin quisiera encargarse de la superintendencia y vigilancia de Pablo durante sus estudios en Brighton. Con esto dió un beso á su hijo, alargó la mano á su hija, dirigió una mirada á Bitherstone, tieso con su cuello de ceremonia, y dió una palmadita en la cabeza á miss Pankey

(lo que le hizo gritar, porque era aquella una región muy sensible, gracias á la costumbre que mistress Pipchin había adquirido de golpearla en tal sitio con el revés de la mano, como si se tratara de un barril). Míster Dombey tornó al hotel, á comer, enteramente decidido á que, pues Pablo se hallaba con tan buena salud y ya era mayorcito, adquiriera una brillante educación en manos del doctor Blimber y como convenía á la elevada posición que había de ocupar en la sociedad.

Cuando un joven acertaba á caer en manos del doctor Blimber, podía estar seguro de una muy linda sujeción. El doctor no tomaba á su cargo más de diez alumnos; pero tenía suplemento de ciencia para ciento á lo menos. Su ocupación y sus delicias consistían en devorar á los diez desgraciados de turno.

El establecimiento — colegio del doctor Blimber — era una casa grande, provista de todo lo necesario para obtener la madurez de inteligencia antes de tiempo. Los niños florecían, cualesquiera que fuesen, en edad tierna: allí se daban guisantes-mentales en Nochebuena y espárragos-intelectuales todo el año. Grosellas-matemáticas (un poco agrias, es verdad) eran comunes también en todo tiempo, dándose hasta en los matorrales, gracias á un cultivo, especialidad del doctor. Toda clase de vegetales, griegos y latinos, crecían en el terreno de los muchachos, por helado que fuese. La naturaleza no contaba para nada en estas circunstancias. El doctor Blimber obtenía siempre lo que se le antojaba.

No hay duda de que esto era ingenioso y divertido; pero este sistema de cultivo forzado tenía también sus naturales desventajas. Los frutos, prematuros, carecían de gusto y no eran duraderos. Además, un jo-

ven de gran nariz y excesiva cabeza (el más antiguo de los diez y que había pasado por todo), dejó, de pronto, de dar flores, y se había quedado en el establecimiento, en calidad de simple arbusto. Susurrábase que el doctor se había excedido en el cultivo del joven Toots y que éste había comenzado á tener barba cuando ya se le había concluido el cerebro.

No carecía Toots de mérito: tenía una voz de las más gruesas y un espíritu de los más flacos. Usaba elegantes alfileres de corbata, realizando de esta manera sus camisas; guardaba en el bolsillo del chaleco una sortija que se ponía en el dedo pequeño, con disimulo, cuando iba con los niños para acompañarles á pasear, constantemente se enamoraba de las niñas sin que éstas se enterasen, y todas las noches, á la hora de acostarse, se escondía detrás de una persiana en el último piso para ver, á la luz del gas, pasar la gente como un gran querubín sentado en lo alto.

El doctor tenía la presencia de un gran caballero, vestía enteramente de negro, con media y calzón corto. Era calvo, de frente despejada. La voz sonora, la barbilla tan abultada y caída, que no acertaba á comprenderse cómo podía afeitarse entre los pliegues. Tenía, además, un par de ojos pequeños, comúnmente entornados y una boca, comúnmente, entreabierta con sonrisa: parecía como si siempre estuviera interrogando á un alumno, poniéndole en aprieto y tranquilizándole luego con una convincente palabra. Por último, cuando el doctor metía una mano en la pechera del chaleco y la otra mano atrás, á la espalda y, con imperceptible movimiento de cabeza, hacía la más insignificante observación á una persona extraña, intimidada, producía

la sensación de una esfinge y no cabía añadir ni una palabra.

Tenia el doctor una muy aparente casa, situada frente al mar. Por dentro no era de lindo estilo, más bien era todo lo contrario. Cortinas incoloras y escatimadas además, se ocultaban, confusas, detrás de las ventanas. Las sillas y las mesas aparecían alineadas en fila como los guarismos de una suma. Tan pocas veces se encendía la lumbre en las habitaciones de recibo, que éstas olían á pozo, siendo las personas que entraban de visita las bombas aspirantes de aquellas humedades. El comedor era la pieza en que menos se hubiera pensado hallar vestigios de cosas de comer y beber. En toda la casa no se escuchaba otros ruidos que el tic tac de un gran reloj de péndola, situado en el vestibulo y que se oía hasta en los desvanes, ó el murmullo monótono de los escolares que estudiaban sus lecciones, semejante al arrullo de melancólicos palomos.

Ni tampoco modificaba la gravedad de aquella casa la presencia en ella de miss Blimber, la hija del doctor. Aunque esbelta y graciosa no había en ella discrepancia del medio en que se hallaba. Usaba el pelo corto y rizado y gastaba anteojos. Parecía como si estuviese empolvada por andar siempre desentrañando lenguas muertas. No había lenguas vivas para miss Blimber : muertas las quería ella, momificadas ; y entonces en sacarlas á luz experimentaba el placer del vampiro.

Mistress Blimber, su madre, no era mujer instruída, pero tenía la pretensión de serlo, con lo que resultaba lo mismo. Solía decir, cuando la escuchaban extraños, que su gran pena era no haber conocido á Cicerón y que, de conocerle, hubiera muerto muy

contenta. La mayor dicha de su vida consistía en ver salir á paseo los discípulos del doctor, tan distintos de todos los demás discípulos, de todos los demás jóvenes, con cuellos de camisa lo más anchos posible, con unas corbatas lo más rígidas que se pudiese. Era, según ella, lo clásico.

Por lo que toca á mister Feeder, B. A. (Bachiller en Artes) y pasante del doctor Blimber, era una especie de organillo, con muy limitado repertorio de piezas que repetía una tras otra, sin variación alguna. Tal vez se le habría podido proveer de otras piezas en los primeros tiempos de su vida si su suerte le hubiera sido más propicia ; pero no lo fué, de manera que no tenía más que un juego monótono, ni más ocupación que la de inculcar en los jóvenes las ideas del doctor Blimber. Prematuramente se llenaban estos jóvenes de inquietudes ansiosas. Perseguíanles, sin descanso, inflexibles verbos, austeros sustantivos, implacables construcciones sintácticas ; espectros de ejercicios se les aparecían entre sueños. Con este método forzado, cualquier joven podía contar con que perdía el juicio en dos ó tres semanas. Con tres meses había bastante para llenarse la cabeza de todos los desasosiegos del mundo. En cuatro se concebían los más amargos pensamientos respecto á los padres y tutores. Cinco meses daban la misantropía de la vejez. Seis, hacían de la sima de Curtius, dichoso y envidiable refugio. En conclusión, cuando llegaba el fin de los primeros doce meses, se tenía la persuasión, inconmovible, de que todas las fantasías de los poetas y las lecciones de sabiduría no eran otra cosa que mera colección de palabras gramaticales sin ninguna otra significación en la vida.

Y, sin embargo, en todo tiempo florecía el alumno

que en casa del doctor estuviere para mayor gloria de éste y acrecentamiento de su reputación que iba extendiéndose á medida que los amigos y conocidos admiraban aquella fruta sozonada en invierno.

Á la puerta de la casa del doctor apareció un día Pablo, con el corazón agitado y cogido de la mano izquierda por su padre. Su mano derecha iba cogida por Florencia. ¡Cuán suave era la presión de la una y cuán áspero el apretar de la otra!

Mistress Pipchin se cernía detrás de la víctima con su plumaje negro y su pico de ave de mal agüero. Estaba sofocada (porque mister Dombey, abstraído por sus grandes preocupaciones había andado muy de prisa) y graznaba con enronquecida voz en tanto que se abría la puerta.

— Ahora, Pablo, — dijo mister Dombey muy satisfecho, — ya estás en camino de ser Dombey é hijo y de tener dinero. Ya casi eres un hombre.

— Casi, — repuso el niño.

La agitación infantil de Pablo no fué bastante para impedir una mirada maliciosa, aunque no sin efecto, con que acompañó su respuesta.

Hubo en el rostro de mister Dombey una vaga expresión de disgusto; pero desapareció esta expresión tan pronto como se abrió la puerta.

— ¿Supongo que el doctor Blimber está en casa? — dijo mister Dombey.

El criado, un joven que había abierto la puerta, contestó que sí estaba y, mientras entraban en la casa, miró á Pablo como si fuese un ratoncillo que se metiese en una ratonera. Era corto de vista, y por tendencias á sonreír, se le podía creer pronto á burlarse. No era burlón, sino algo simple; pero á mistress Pipchin se le antojó que aquella mirada constituía

una grosería; de modo que sin más miramientos estalló contra él,

— ¿Cómo se atreve usted á reírse á espaldas de este caballero? ¿Por quién me toma usted? — gritó mistress Pipchin.

— No me río, señora, y yo no la tomo á usted por nadie, — contestó el joven, consternado.

— Gavilla de perros holgazanes; — continuó mistress Pipchin, — que sólo sirve para dar vueltas al asador. ¡Vaya usted á decir á su amo que está aquí, mister Dombey, vaya usted si no quiere usted que le pese!

El criado, corto de vista, se fué, sumiso, á cumplir el encargo y volvió al momento rogando que pasaran al despacho del doctor.

— ¡Pero se vuelve usted á reír! — exclamó mistress Pipchin al cruzar la última por delante del criado.

— No me río, señora; — contestó el joven con nuevo sobresalto. — ¡En mi vida he visto cosa igual!

— ¿Qué es eso, mistress Pipchin? — preguntó mister Dombey, volviéndose. — ¡Basta, por Dios, basta!

Respetuosa mistress Pipchin para con mister Dombey, se limitó á murmurar: « ¡valiente sin vergüenza! », con lo que el joven, que no tenía nada de malo, se quedó poco menos que llorando. Pero mistress Pipchin era así: tenía la costumbre de maltratar á las personas débiles; y sus amigos lo encontraban muy natural, ¡después de aquello de las minas!

El despacho del doctor Blimber era una majestuosa habitación. Sentado detrás de la mesa, se encontraba entre dos esferas geográficas, rodeado de

libros. Homero estaba encima de la puerta y Minerva encima de la chimenea.

— ¿Cómo está usted, mi señor? ¿Cómo va mi amiguito? — dijo el doctor á mister Dombey.

Grave, como un órgano, era el modo de hablar del doctor. Apenas había concluído de decir estas palabras, cuando en el gran reloj de péndola y apoyando lo dicho por el doctor (asi pareció á Pablo), surgió el cucú diciendo: ¿Cómo-va-mi ami-guito? ¿Cómo-va-mi ami-guito?

Como el amiguito no era lo bastante alto para que se le pudiera ver por encima de los libros y de la mesa, se esforzaba el doctor, aunque en vano, por descubrirle entre las patas de la mesa. Habiéndolo advertido mister Dombey, salvó aquella dificultad, cogiendo en brazos á su hijo y sentándole encima de otra mesa, frente á la del doctor y en medio del cuarto.

— ¡Ah! — exclamó el doctor, recostándose en su sillón y descansando la mano en la pechera del chaleco. — Ahora ya veo á mi amiguito. ¿Cómo vamos?

El reloj del vestíbulo no quiso acomodarse á esta nueva fórmula y con su tic tac acompasado continuaba diciendo: ¿Cómo-va-mi ami-guito? ¿Cómo-va-mi ami-guito?

— Muy bien, gracias; — contestó Pablo, tanto al reloj como al doctor.

— ¡Ah! — siguió el doctor Blimber. — ¿Haremos de él un hombre?

— ¿Has oído, Pablo? — preguntó mister Dombey. Pablo guardó silencio.

— ¿Haremos de él un hombre? — repitió el doctor.

— Más quisiera ser niño; — contestó Pablo.

— ¿De veras? preguntó el doctor. — Y ¿por qué?

El niño sentado encima de la mesa miraba con expresión emocionada al doctor, dándose al mismo tiempo palmaditas en la rodilla como si allí estuviese el manantial de las lágrimas que le salían á los ojos y quisiera de aquel modo pararlas. Pero la otra mano se apartaba, como buscando más allá, más lejos, un poquito más lejos, hasta encontrar el cuello de Florencia. « Por esto » pareció contestar al doctor: « Por esto » cuando se abrazó al cuello de su hermana. Entonces le abandonaron las fuerzas y rompió á llorar entre sollozos.

— Mistress Pipchin; — dijo su padre revelando su desagrado, — realmente me disgusta ver esto.

— Quitese usted de ahí, miss Dombey; — dijo la matrona.

— No tiene importancia — dijo el doctor moviendo negativamente la cabeza y saliendo al encuentro de mistress Pipchin. — No tiene importancia. Cuando haya entrado en sus nuevas ocupaciones y haya recibido impresiones nuevas, ya verá usted, señor Dombey, de qué manera cambia. Quiere usted que mi amiguito estudie...

— De todo, si usted gusta, doctor; — contestó con firmeza mister Dombey.

— Eso es; — dijo el doctor que, con los ojos entornados y su habitual sonrisa parecía examinar á Pablo con un interés semejante al que pudiera haberle inspirado un animalejo de especie rara, traído para que él lo disecara. — Eso es. ¡Ah! ¡Qué variedad de conocimientos vamos á inculcar en nuestro amiguito! Le haremos adelantar de prisa. Estoy seguro. Estoy seguro. ¿Es un terreno virgen, según me ha dicho usted, señor Dombey?

— Excepto algunos conocimientos elementales adquiridos en casa de esta señora; — repuso *mister Dombey* presentando á *mistress Pipchin*, la cual inmediatamente puso rígido todo su sistema muscular y se preparó para rechazar cualquier ataque del doctor. — Excepto esto, Pablo no ha estudiado hasta hoy nada absolutamente.

El doctor *Blimber* inclinó la cabeza en signo de amable tolerancia respecto á la insignificante labor de *mistress Pipchin*, añadiendo que no le parecía mal. Es mucho más satisfactorio, dijo, restregándose al mismo tiempo las manos, comenzar desde los comienzos. Y lanzó una mirada á Pablo como si quisiera meterle desde luego el alfabeto griego envuelto en ella.

— Lo que acaba de suceder, señor doctor — dijo *mister Dombey* mirando á su hijo, — y la entrevista que ya he tenido el gusto de celebrar con usted, hacen inútiles más explicaciones; por consiguiente, no hay para qué abusar más de usted privándole de su preciado tiempo...

— Vamos, *miss Dombey*; — exclamó la áspera *mistress Pipchin*.

— Permítame usted; — exclamó el doctor; — un momento. Permítame presentarle *mistress Blimber* y mi hija. Ambas han de ser en la vida doméstica las compañeras de nuestro joven peregrino al Parnaso. *Mistress Blimber* — dijo el Doctor señalando á la señora que con toda oportunidad entraba en el despacho, seguida de su hija la joven de las gafas. — *Mister Dombey*. Mi hija *Cornelia*, *Mister Dombey*. Y dirigiéndose á su mujer, continuó:

— *Mister Dombey* pone en nosotros su confianza encomendándonos... ¿ Ves á nuestro amiguito ?

Absorta *mistress Blimber* en las repetidas cortesías de que hacía objeto á *mister Dombey*, al parecer no había visto al amiguito, y de tal manera iba retrocediendo, que Pablo corría peligro encima de la mesa. Al oír á su marido se volvió, encontrándose de pronto con el niño. Admiró su fisonomía inteligente y de corte clásico, tanto que, tornándose hacia *mister Dombey* le dijo, entre un suspiro, que bien quisiera ella encontrarse en el lugar del niño...

— Semejante á la abeja, caballero; — dijo *mistress Blimber* levantando los ojos en contemplación vaga, — semejante á la abeja libará el néctar de la flores, saboreará la miel por vez primera. Virgilio, Horacio, Ovidio, Terencio, Plauto, Cicerón: tenemos todo un mundo de dulzura. Tal vez extrañe usted, caballero, que una mujer como yo, la mujer de un marido tal...

— No más, no más; — exclamó el doctor, — vas á avergonzarme...

— El señor *Dombey* perdonará la parcialidad de una esposa — dijo *mistress Blimber* con halagadora sonrisa.

— De ninguna manera — dijo *mister Dombey*. — Lo que quería significar era que no había parcialidad: no se había fijado en lo del perdón.

— Puede extrañar á usted que una mujer, que es también madre...

— Y una madre tal... — dijo *mister Dombey* inclinándose para saludar á *Cornelia*, con idea confusa de que la dirigía un cumplimento.

— Puede parecer á usted extraño, caballero; pero si yo hubiese conocido á Cicerón, si hubiera sido yo su amiga, si hubiera podido conversar con él en su retiro de *Túsculum*. (delicioso *Túsculum*), ¡ oh! entonces moriría contenta.

Tan comunicativo es el entusiasmo docto, que mister Dombey casi se persuadió de que pensaba exactamene lo mismo. La misma mistress Pipchin que, como ya hemos visto, no sabia acomodarse al modo de sentir general, emitió algo que venia á ser entre un gruñido y un suspiro : como significando que únicamente Cicerón hubiera podido servirle de consuelo durable después de la quiebra de las minas peruanas y que él, seguramente, habria sido una verdadera lámpara Davy de refugio.

Cornelia examinaba á mister Dombey, á través de sus gafas, deseosa, al parecer, de enderezarle unas cuantas citas del autor en cuestión. Pero aquellos propósitos, si realmente existían, quedaron frustrados á causa de unos golpes que sonaron en la puerta del cuarto.

— ¿Qué es eso? — preguntó el doctor. — ¡Ah! entre usted, entre usted, Toots.

El doctor hizo la presentación de Toots á mister Dombey.

— ¡Qué coincidencia! — dijo el doctor á mister Dombey. — Vea usted por donde nos encontramos entre el principio y el fin, *alfa* y *omega* de mi clase.

Bien podía decir el doctor que Toots era la cabeza de la clase : la cabeza y los hombros. Á lo menos descollaba el busto sobre todos los demás alumnos. Se puso muy colorado Toots al encontrarse delante de personas extrañas y se echó á reir.

— Una adición para nuestro pequeño Pórtico ; — dijo el doctor en estilo clásico, queriendo significar por la adición á Pablo y por el Pórtico su casa, que él equiparaba á la de Zenón, en Atenas, aunque, modestamente, en pequeño.

El joven Toots se puso colorado otra vez y pen-

sando por el solemne silencio que estaban en espera de que él dijera algo, saludó á Pablo preguntándole : ¿Cómo está usted? con una voz tan fuerte y unos ademanes tan suaves que si se hubiera oído rugir á un borrego no habria producido mayor sorpresa.

— Toots, haga usted el favor de prevenir á mister Feeder que prepare algunos volúmenes elementales para mister Dombey hijo y que disponga un sitio conveniente para estudiar.

Y dirigiéndose á su mujer añadió :

— Me parece que el señor Dombey no ha visitado los dormitorios.

— Si el señor Dombey quiere subir — dijo mistress Blimber, — tendré mucho gusto en guiarle por los dominios del somnífero dios.

Y con esto, la señora de Blimber que, á pesar de su tiesura aparente, era muy amable, y que usaba un gorrito adornado con cintas de color azul celeste, subió al piso superior, seguida de mister Dombey y Cornelia. Mistress Pipchin les siguió también mirando con ojos de basilisco, si andaba por allí su feroz enemigo el criado.

Mientras se realizaba esta expedición, Pablo siguió sentado encima de la mesa : tenía cogida de la mano á Florencia y su mirada iba con timidez del doctor á todos los rincones del cuarto. El doctor se había recostado en la silla, la mano derecha en el chaleco, según su costumbre, y en la izquierda un libro, en el que leía con el brazo estirado. Algo temeroso envolvía aquella manera de leer : habia algo de desapasionado, determinado, inflexible, frio, en aquel modo de trabajar. Esta postura del doctor le dejaba enteramente á la vista y cuando por motivos de la lectura misma fruncia el cejo, movía la cabeza ó hacia

algún movimiento con el rostro, parecía decir : « No me diga usted tal cosa, señor mío : yo sé más ». Y daba miedo.

Toots también, ¿ qué necesidad tenía de quedarse á la puerta, examinando con ostentación su reloj de bolsillo y contando el dinero de su portamonedas ? No duró mucho esto, porque cambió de postura el doctor Blimber, cansado de tener las piernas cruzadas é hizo ademán de ponerse de pie. Toots desapareció y ya no se le volvió á ver más.

Mister Dombey y su guía bajaron, oyéndoseles en gran conversación y volvieron á entrar en el despacho.

— Me atrevo á esperar, señor Dombey — dijo el doctor cerrando el libro y dejándolo en la mesa, — que le habrán parecido bien nuestras disposiciones.

— Son excelentes, doctor; — contestó mister Dombey.

— Muy bien, sin duda; — dijo mistress Pipchin en voz baja, nunca dispuesta á muchos cumplimientos.

— Mistress Pipchin; — dijo mister Dombey mirando á unos y otros, — con su permiso, doctor, y con el de mistress Blimber, vendrá á visitar á Pablo de cuando en cuando.

— Cuantas veces quiera; — repuso el doctor.

— Tendremos mucho gusto en verla; — dijo mistress Blimber.

— Me parece — añadió mister Dombey, — que ya he causado á ustedes bastantes molestias : con permiso de usted me retiro. Pablo, hijo mío; — y se acercó al niño que seguía encima de la mesa. — Adiós.

— Adiós, papá.

Si mister Dombey, en su desmesurado orgullo, hubiera tenido algún gran enemigo, por grande que

fuera el ánimo vindicativo de éste, habia podido aceptar como compensación de su ofensa la angustia que en aquel momento de despedirse oprimió el corazón del padre.

— Se inclinó hacia su hijo y le dió un beso. En este movimiento fué tan profunda su emoción que hasta aparecieron sus ojos húmedos como si se llenaran de lágrimas; de tal modo, que la cara del niño quedó borrosa ante su vista : mas no por esto dejó de verla claramente con el alma.

— Vendré á verte á menudo, Pablo. Y ya sabes que los sábados y los domingos estás libre.

— Sí, papá; — contestó Pablo mirando á su hermana. Los sábados y los domingos.

— Y harás todo cuanto puedas para aprender mucho y ser hombre instruido, ¿ no es verdad ? — dijo mister Dombey.

— Sí, haré cuanto pueda; — contestó el niño tristemente.

— Serás pronto un mocito; — dijo mister Dombey.

— Sí, pronto; — replicó el muchacho. Y una ráfaga de luz, pasó por la mirada de aquella carita arrugada y aviejada. La luz fué á dar en la negra vestidura de mistress Pipchin y se extinguió. La excelente ogro avanzó para despedirse del niño y, sobre todo, para posesionarse de Florencia, que era lo que estaba deseando hacía rato. El movimiento que hizo sacó de su abstracción á mister Dombey que seguía contemplando á su hijo. Volvió el padre á hacer una caricia á Pablo, le apretó la manita, saludó con su frialdad cortés al doctor, á su señora y á su hija, y salió del despacho.

Á pesar de sus ruegos, de que nadie se molestase, el doctor, su mujer y su hija se precipitaron para

acompañar á mister Dombey hasta la puerta de la calle. Fué esta precipitación causa de que, arrollada mistress Pipchin no pudiera hacer presa en Florencia, la cual, aprovechándose de esta circunstancia feliz corrió hacia su hermano y le abrazó, siendo de este modo la última en la despedida y su rostro el último que Pablo dejó de ver en la puerta, animándole con su sonrisa.

Cuando desapareció aquella sonrisa sintió el niño que el corazón le latía con fuerza y que la angustia oprimía su pecho. Las esferas, los libros, Homero, Minerva, parecían bailar por el despacho. Pero de pronto se pararon, todo entró en orden : ya no se escuchó más que el acompasado reloj del vestibulo, que, gravemente, seguía preguntando ¿Cómo-va-mi ami-guito? ¿Cómo-va-mi ami-guito?

Pablo en su pedestal, con los brazos cruzados, escuchaba en silencio. Pero hubiera podido contestar : « Triste, triste, muy solitario, y afligido ». Vacío su joven corazón, rodeado de aquella gente fría; sombría, extraña, Pablo entraba en la vida como en casa sin muebles, las paredes desnudas, en espera de un tapicero que no ha de llegar nunca...

CAPÍTULO XII

EDUCACIÓN DE PABLO

Pasados unos cuantos minutos, que parecieron inmenso tiempo á Pablo Dombey, volvió el doctor á su despacho. El paso del doctor era majestuoso, calculado para producir en los ánimos juveniles una impresión de lo solemne. Era algo como un paso militar, pero de esta manera : cuando adelantaba la pierna derecha giraba un poco hacia la izquierda, y cuando adelantaba la pierna izquierda giraba un poco á la derecha. Parecía que á cada paso se detenía para mirar en derredor preguntando : « ¿ Quién tiene la bondad de decirme si hay algo, en cualquiera materia, que yo ignore? Paréceme que no. »

Con el doctor volvían su señora y su hija. El doctor levantó de la mesa á su nuevo discípulo y lo puso en manos de mistress Blimber.

— Cornelia, — dijo el doctor, — Dombey debe comenzar sus estudios bajo tu dirección; hay que apretarle, hay que apretarle.

Miss Blimber se hizo cargo de Pablo, el cual al ver las gafas encaradas en él, bajó los ojos.

— ¿ Qué edad tiene usted, Dombey? — le preguntó miss Blimber.